

SECCION INFORMATIVA

FALLECIMIENTO DEL DR. DON FEDERICO JOHOW

En el mes de Mayo próximo pasado, dejó de existir el eminente profesor, Dr. don Federico Johow Bieler.

La Universidad rindió a su memoria un justo homenaje. Sus restos fueron velados en la Casa Universitaria, donde se erigió una severa capilla ardiente.

El Rector, señor don Juvenal Hernández, despidió el féretro en nombre de la Universidad de Chile, pronunciando el discurso que damos en seguida:

Discurso del Rector de la Universidad, señor Juvenal Hernández

«Señores: Hace cerca de medio siglo llegó a Chile don Federico Johow desde una tierra ilustre por sus tradiciones milenarias, y en donde la ciencia ha alcanzado conquistas que colmaron al mundo de maravilla y de contento. Joven y espléndidamente dotado, la patria le ofreció un campo precioso en que su alma, abierta siempre como la rosa de los vientos a todos los nobles impulsos del espíritu humano, hubiera podido alcanzar las elevadas consagraciones que los pueblos agradecidos guardan siempre para sus hijos predilectos.

Pero su entrañable amor por la ciencia y su modestia invencible, su espiritualidad sin pretensiones, su entusiasmo sin malicias, lo hicieron abandonar los caminos de éxito fácil para dedicarse a la labor silenciosa de la cátedra consagrando su vida entera al estudio y a la investigación.

Maestro de verdad, hizo el sacrificio de sus más caros afectos y atravesó el océano para llegar hasta nosotros tal vez en la esperanza de sembrar en una tierra virgen que, agradecida y generosa, devolviera con creces sus afanes por la verdad científica. En unión de una brillante pléyade de hombres de ciencia, figuró entre los fundadores del Instituto Pedagógico, y, durante cuarenta años, la juventud universitaria ha estado recibiendo la influencia bienhechora del sabio maestro.

Su anhelo encendido e impaciente por la ciencia, su ansia incontenible de saber y su ideología permanentemente renovadora, vivificaron, nuestros métodos educacionales, y sus discípulos, esparcidos a lo largo de todo el territorio, fueron creadores tenaces de rumbos precisos y seguros en las grandes conquistas de la cultura nacional.

No ha existido actividad científica en nuestro país en que no haya estado siempre presente, fervoroso y vibrante, el impulso directo, la inspiración creadora del profesor Johow. Tal vez hasta el último instante de su vida lo llevaron sus ilusiones hacia una deslumbrante cruzada de la ciencia, en que desfilarán ávidos de escudriñamiento, deseosos de investigación todos los que fueron sus alumnos gigantesco en el deseo de arrancar, como en la leyenda de Prometeo, una nueva luz a los misterios de la existencia humana.

Enseñó a sus discípulos la ciencia de la vida y la fuerza de su verdad estaba en la suya, en esa permanente idealización de lo real, que lo hacía sentir el mundo como un eco inefable que todo lo impulsa y lo ordena en una ansia de perfección infinita.

...Por eso, porque supo infiltrar a sus discípulos la flor preciosa de su fe, porque trabajó siempre mirando hacia la eternidad, sin correr tras el miserable efecto exterior, aun frente al cadáver del profesor Johow, podemos afirmar que no ha muerto, puesto que él enseñó la vida como una renovación continua y, por lo tanto, como una muerte incesante. . . Con ansias íntimas, con angustias y anhelos indecibles, brotará de su obra, de su espíritu viviendo eternamente en el aula, una planta rebosante de vida, una planta con raíces y tallo y hojas y savia: La Universidad como laboratorio de la inteligencia nacional, como centro de toda investigación y como movimiento de inquietudes constantes en favor del amor, de la verdad y del progreso.

En nombre de la Universidad de Chile y de su Consejo Ejecutivo, rindo el postrer homenaje de gratitud y de cariño al profesor Johow y hago votos porque su memoria, vivificante, unida al ejemplo de su bondad ingénita, de su mansedumbre de sabio y de su templanza de justo, fortifiquen cada vez más nuestros afanes por encontrar esas verdades que dominan la muerte, que impiden temerla y que casi nos la hacen amar. . . »

Al ser retirados los restos del profesor Johow de la casa universitaria, hizo uso de la palabra, el señor don Domingo Amunátegui, en los términos siguientes:

«Inmóviles, exangües, helados yacen en esta urna los restos que fueron los de mi maestro insigne.

Desde hoy sufrirán los estragos de la disolución de la materia y desaparecerán completamente; pero no por esto se borrará la memoria de su eminente personalidad. Ella será conservada por sus innumerables discípulos; y los libros que escribió serán los ángeles guardianes de su tumba.

Don Federico Johow enseñó en las escuelas universitarias durante cuarenta años y cultivó la ciencia con el desinterés y abnegación de un verdadero sabio.

¡Bienaventurado él que, ciudadano de una gran patria, compartió sus dolores y alegrías con ánimo sereno y varonil!

¡Bienaventurado él que pagó con creces al país de su adopción la confianza con que le encomendó la enseñanza de la juventud!

¡¡Bienaventurados él que no conoció una sola hora de desfallecimiento!

¡Bienaventurado él que ha muerto en el seno de su amante familia y llorado por una legión de alumnos, que le deben un valioso rayo de luz espiritual!»

EN EL CEMENTERIO

Antes de procederse a dar sepultura a los restos, el doctor Karle pronunció una sentida oración fúnebre en alemán.

A continuación se refirieron a la labor desarrollada por el Dr. Johow en nuestro país y en medio de la colonia alemana residente, don Guillermo Schacht, en nombre del Club Alemán, y el Dr. Carlos Grandjot, en representación de la Sociedad Científica Alemana de Chile.

En seguida hicieron uso de la palabra numerosos oradores, a nombre de diversos establecimientos de instrucción superior.

Discurso de don Luis Galdames

El señor Galdames, en representación de la Facultad de Filosofía y Educación, expresó que, la pérdida del profesor Johow constituía el mayor pesar que podía afectar a la cultura

universitaria y a la enseñanza en general de nuestro país, ya que él contribuyó poderosamente a organizar la primera, en la rama de la pedagogía y a fomentar y prestigiar el cultivo de las ciencias naturales.

Discurso de don Francisco Servat

El señor Servat habló a nombre de la Escuela de Química y Farmacia, de la cual es Director. Manifestó que nadie mejor que el profesor Johow pudo haberse hecho cargo en nuestro país de la cátedra de Botánica de la Escuela de Medicina y Farmacia que prestigiaron, en otros tiempos, los sabios naturalistas don Rodolfo Amando y don Federico Philippi.

Su nombre perdurará, dijo, ente los de los Gay, Philippi, los Domeyko los Schultze y otros.

Discurso de don Carlos Silva Figueroa

A nombre de los ex-alumnos del Dr. Johow habló el Rector del Liceo de Aplicación. Recordó el señor Silva las condiciones de maestro que hicieron al Dr. Johow el más querido de sus alumnos. Era sencillo y bondadoso, dijo; era comprensivo y justo; sabía hacer bellas sus lecciones, sin que perdieran en profundidad y valor científica. «Poned, decía, un poco de belleza en vuestras lecciones; haced amable la ciencia al espíritu de los niños. Trabajad sin descanso en perfeccionaros cada vez más, en aumentar cada día el horizonte de vuestros conocimientos».

Discurso de don Víctor Manuel Baeza

En nombre del Centro de Profesores de Biología y Química, el señor Baeza expresó que en largos años que convivió a su lado, pudo admirar en el profesor Johow su gran percepción de sabio, su contracción profunda al trabajo, su amor intenso a Chile y su incansable deseo de contribuir con su ciencia al esclarecimiento de los problemas botánicos de nuestro país.

Discurso de don Domingo Fuentes Pérez

A nombre de la Sociedad Nacional de Profesores, hizo uso de la palabra el señor Domingo Fuentes Pérez, Rector del Liceo Barros Borgoño. Manifestó que esa Sociedad veía con enorme pesar el desaparecimiento del Dr. Johow que significaba para la enseñanza nacional, uno de sus más indiscutidos valores y uno de sus mejores ejemplos vivientes de amor a la ciencia y al estudio.

Discurso del Dr. don Juan Noé

A nombre de la Facultad de Medicina pronunció un elocuente discurso el profesor Dr. don Juan Noé, en el cual hizo una completa reseña de la labor científica desarrollada en nuestro país por el profesor Jollow y de la importancia que ésta tenía para el fomento de la alta cultura y el prestigio de la enseñanza universitaria.

EL PROFESOR MARTONNE EN LA UNIVERSIDAD

Tuvo el carácter de un interesante acontecimiento científico la venida a Chile del eminente profesor y publicista M. de Martonne, traído a este país por iniciativa de la Universidad.

Con una velada especial, se iniciaron sus conferencias universitarias, de las cuales, a manera de presentación del sabio maestro francés, leyó don Luis Galdames el siguiente trabajo, en el que estudia su obra.

«La Geografía como ciencia de la naturaleza y de las sociedades, es una conquista del presente siglo. No es que como disciplina de estudio sea nueva; al contrario, ella data desde la antigüedad. Es que su carácter, sus métodos y su contenido han variado. Meramente descriptiva en sus principios, de tendencias prácticas encaminadas a la información acerca de los territorios y lugares más frecuentados, pasó después por una fase matemática, derivada hacia la cartografía y el levantamiento de planos locales, hasta abarcar por fin la tierra toda como planeta y como unidad orgánica en cuya superficie se desarrollan los fenómenos físicos y vitales que el hombre necesita conocer; y más que eso, comprender.

Ya en esta fase, la descripción se hizo ciencia; el análisis condujo a la síntesis; y lo que era un hacinamiento confuso de datos y de cifras llegó a ser, en la medida de lo posible, una explicación, una respuesta al ansioso *por qué* del espíritu que se siente abrumado ante el misterio de las fuerzas ciegas que actúan sobre él.

Humboldt y Ritter abrieron la ancha vía, durante la primera mitad del siglo XIX. La Geografía pasó bien pronto a tomar sitio entre las ciencias de la naturaleza con la colaboración de sabios y exploradores de los principales países de Europa y con el auxilio de la Física, la Química, la Zoología, la Botánica, la Geología, la Etnología y otras ciencias aún, cuyos progresos eran—y continúan siendo—cada vez más alentadores. Su campo de observación fué deslindado con relativa exactitud, pero su objeto, su finalidad última, su filosofía culminante, exigían más pacientes esfuerzos; y la empresa era de por sí tentadora.

No terminaba aún el siglo cuando Ratzel agregaba en Alemania una columna más a la construcción ya imponente de esta ciencia. Su Antropogeografía o Geografía del Hombre, la **Geografía Humana**, como se ha concluido por decir, situaba en un nuevo plano la investigación; hacía converger hacia las relaciones de los grupos sociales con el ambiente natural en que se desarrollan todos los puntos de vista en que el geógrafo pudiera colocarse. Lo fundamental en ese vasto campo era el hombre en función de su ambiente.

La prematura visión de un determinismo irrevocable a que el medio geográfico sometería al hombre animaba los cuadros de Ratzel; y es tiempo de decir que ese determinismo desvirtuaba no poco el valor de su obra. Pero, como quiera que fuese, la Geografía se deslizaba desde ese momento hacia las ciencias sociales; venía a ser como un puente tendido entre éstas y las ciencias biológicas; sería al fin como el paso obligado de la Biología a la Sociología. La concepción, aunque imperfecta, estaba llamada a hacer fortuna. Ella ensanchaba el horizonte y lo inundaba de animación y luz.

Entretanto, la ciencia francesa entregaba al mundo también el aporte copioso y selecto de sus geógrafos y sus exploradores. El conocimiento de la tierra y de las leyes que rigen los fenómenos físicos y vitales de que su superficie es teatro, necesita fundarse en una observación directa de la naturaleza misma. Si la síntesis geográfica supone el gabinete, el análisis supone la experiencia sobre el terreno mismo en que los hechos se producen. La descripción trae al razonamiento y el razonamiento conduce a la explicación probable o cierta. Tal es el camino para llegar al conocimiento geográfico, como en cualquiera otra ciencia natural o social.

Fieles a este método, los geógrafos franceses han logrado imprimir a su ciencia un sello propio, a lo largo de una evolución que dura siglos y que cada vez se manifiesta más rica en adquisiciones de positivo mérito, como asimismo más cautelosa de generalizaciones precipitadas o inseguras.

Sin retroceder demasiado, es justo detener la atención en uno de los más activos y brillantes precursores de la actual escuela geográfica francesa. Nos referimos a Eliseo Réclus, cuya obra

La Terre, publicada en 1869, señaló con firme pulso las rutas nuevas y prometedoras. En ella se lisonjeaba de haber visto con sus propios ojos la mayor parte de los fenómenos y de las comarcas que describe, «recorriendo el mundo, según su expresión, como un hombre libre y contemplando la naturaleza con aire a la vez sereno y ufano». Su **Novísima Geografía Universal** siguió a esa obra; y ella ofrece las mismas garantías de veracidad en las descripciones, por el conocimiento personal de los diferentes tipos de climas y suelos.

La Geografía Física pura, consagrada al estudio del relieve terrestre y a los factores que actúan en su modelado, tuvo a fines del siglo su expositor ilustre en Albert de Lapparent, cuyas Lecciones constituyen hasta ahora una autoridad apenas discutida. Pero su tendencia no prevaleció. El espíritu de la nueva escuela se inclinaba a unir en un solo conjunto los variados aspectos del cuadro natural de una región, explicando los unos en sus relaciones con los otros.

Apoyada como Lapparent en la Geología, ella no limitaría sus observaciones a los fenómenos estructurales de la corteza terrestre, ni a los que se desarrollan en la atmósfera y contribuyen a explicar las peculiaridades climáticas. Iría más allá. Describiría como Réclus los paisajes naturales, con su vegetación y con su fauna; fijaría la atención en las condiciones que cada sitio ofrece para el establecimiento y la vida de las sociedades humanas; y haría más aun; penetraría en las formas de actividad de estas mismas sociedades en la medida en que ellas se subordinasen o se sobrepusiesen al cuadro especial en que prosperan.

El inspirador y maestro de esta escuela científica fué, durante más de treinta años hasta su muerte, en 1918, Paul Vidal de la Blanche, cuyas publicaciones son bien conocidas entre nuestros estudiosos. El admirable «Atlas» que lleva su nombre; el «Cuadro Geográfico de la Francia» y «Los Principios de Geografía Humana» bastarían para el realce de su personalidad, si ella no estuviese señalada a la vez por la influencia imponderable que ha ejercido en la enseñanza geográfica y en la orientación de las investigaciones propias de su ciencia. Tanto en la Universidad como en la Escuela Normal Superior, él ha formado toda una generación de discípulos que siguen sus huellas y cuya producción científica honra tanto a la Francia como al maestro y a ellos mismos. Los nombres de Brunhes, Vallaux, Démangeon, Banchard, Vacher y muchos más comprueban con sus obras la calidad de la enseñanza recibida.

Pero sobre todo, quien empuña ahora el cetro de la ciencia geográfica de su país, quien reemplaza en las labores docentes al maestro y continúa sin interrupción sus sugerencias animadoras, es el huésped de honor de nuestra Universidad, M. de Martonne. A justo título, por los merecimientos que la producción científica le ha conquistado en tres décadas de sostenido esfuerzo, él ha llegado a la altura de maestro también; y su obra original y fecunda, lo hace representativo no sólo de la especialidad que cultiva, sino conjuntamente de la más alta intelectualidad de Francia.

Doctorado por la Sorbonne en letras, en 1903, su tesis fué la monografía geográfica sobre **La Valaquia**, con que ganó el premio Fabien, discernido por la Academia Francesa. Tres años después se graduaba de doctor en ciencias, con una nueva tesis sobre **La evolución morfológica de los Alpes de Transilvania**; y asentaba decididamente su prestigio de explorador y geógrafo.

En 1909, M. de Martonne entregaba por primera vez al público su amplia obra de síntesis, el «Tratado de Geografía Física»; libro clásico hoy, cuya edición última, completamente renovada y ya definitiva, data sólo de hace pocos años; libro que ha merecido al autor los premios de la Academia de Ciencias y de la Sociedad de Geografía de París, a la vez que la consideración particular de todos los centros científicos del mundo. Un claro y substancioso compendio de este libro, hecho por el mismo autor, circula entre los escolares de numerosos países.

La Geografía Universal más completa, cuya publicación no acaba todavía, es la que planea y metodizara Vidal de la Blanche. Por eso lleva su nombre. En ella ha colaborado M. de Martonne con los volúmenes correspondientes a **La Europa Central**; y esta obra, unida a la geografía general de **Los Alpes**, constituyen los más típicos exponentes de los procedimientos

empleados por la ciencia para la descripción y explicación de la naturaleza física de un país en sus proyecciones biológicas y sociales.

Pero, ni con ser mucha y de calidad indiscutible, no es ésa su producción total. A ella habría que añadir sus trabajos de difusión y de crítica en la *Revista de Geografía Anual* y en los *Anales de Geografía*, publicaciones periódicas en que M. de Martonne ha participado como redactor o director durante un cuarto de siglo. Las Sociedades Geográficas, que tanto han contribuído en la Francia al incremento de la ciencia, lo han contado también entre sus miembros más dedicados.

Su labor docente se ha desenvuelto a parejas con su producción científica en las Universidades de Rennes, Lyon y París; y es ella, conjuntamente con sus libros, la que ha dado a su nombre la autoridad universal de que disfruta en la rama del saber que le debe muchos de sus progresos.

Las Universidades francesas y principalmente la de París, han prestado un valioso concurso a las ciencias geográficas, no ya sólo en el sentido de su alta difusión, sino más que eso, en cuanto a la concentración orgánica de las investigaciones dispersas que la iniciativa individual o asociada llevada a cabo libremente. Sus institutos y sus profesores han tomado a su cargo la dirección de este movimiento con el propósito de cohesionarlo y dotarlo de una finalidad superior. Esta finalidad es sin duda la ciencia por lo que ella vale en sí mismo; pero proyectada a la vez sobre el mejor conocimiento de la Francia, de su imperio colonial y de las naciones lejanas con las cuales mantiene un intercambio permanente. M. de Martonne no ha sido, por cierto, de los cooperadores menos eficaces en esta acción reflexiva mediante la cual se sirven patrióticos anhelos y el espíritu humano se enriquece con la adquisición de nuevas verdades.

El ha desenvuelto su concepción geográfica con toda la amplitud de que el saber actual la hace susceptible. La Geografía es, a su juicio, la ciencia que examina los fenómenos físicos-biológicos y humanos que se desarrollan en la superficie de la tierra. Estos fenómenos se presentan y se reparten muy desigualmente en sus diversas regiones. A la Geografía incumbe establecer las causas de esa repartición y las relaciones locales que los fenómenos de que se ocupa mantienen entre sí.

Es una ciencia de observación y de interpretación; una ciencia que, como las demás, conduce a una filosofía o sea, a una síntesis generalizadora. Ella describe; pero la sola descripción no bastaría jamás para constituirla en una ciencia. Ella explica; o por lo menos tiende a explicar. Se tiene ganado ese derecho; y a este título es que ocupa un sitio propio entre las ciencias.

En sus obras principales, M. de Martonne ha sistematizado ese concepto. Su *Tratado* comprende por eso, aparte de la geografía matemática que tiende a situar la tierra en el conjunto del Universo, la geografía física propiamente tal, en sus tres elementos fundamentales,—gaseoso, líquido y sólido—y la Biogeografía, o sea, la distribución de la vida vegetal y animal sobre el planeta. Esta última rama de la Geografía no es, como se comprende, una creación suya; pero a lo menos su sistematización orgánica le pertenece.

En su *Abrégé* avanza hasta la Geografía Humana, como un nuevo desprendimiento de la Geografía Física. De modo que ésta, por la Biogeografía se vincula a las Ciencias Biológicas y por la Geografía Humana establece el contacto con las Ciencias Sociales; aspiración máxima de la escuela geográfica francesa que M. de Martonne no ha conseguido realizar plenamente pero que ha esbozado en términos ya inconfundibles, como promesa segura de una victoria no lejana.

La obra de M. de Martonne y de su escuela ha lucido con espléndidas irradiaciones en Europa y América. No somos los últimos en recoger sus beneficios. Desde los tiempos en que Pissis hijo de Francia, levantaba el plano topográfico y geológico de Chile, al que agregaba la geografía general del territorio; y por otra parte, Barros Arana, siguiendo las huellas de Réclus publicaba sus *Elementos de Geografía Física*, han transcurrido seis décadas o más. Durante este decurso, tanto la enseñanza como las publicaciones geográficas se han acrecentado y difundido;

y la Universidad consagra desde hace años cátedras importantes a la Geología, a la Geografía Física y a la Geografía Humana, la última incorporada al concierto de los estudios superiores.

Es para nosotros no solamente insigne honor sino verdadero estímulo, el que haya podido llegar hasta esta casa el hombre a quien el mundo reconoce como una autoridad en aquellas ciencias. Si no hemos sabido hacer cumplidamente su elogio, le ofrecemos, en cambio, la más cordial bienvenida.»